

## ¿Qué significa hacer teatro en estos tiempos?

Estábamos en una sesión del club de dramaturgia cuando una pequeña horda de potenciales a egresar llamó a la puerta del departamento. Abrí, y los vi hincados ofreciéndome un ramo de cheves y papitas como un caballero andante declarararía su amor a una Dulcinea. Todos a coro dijeron: “¿Quiere ser nuestro padrino?” Yo me tardé unos diez segundos en ordenar todas estas imágenes y darles un sentido para entender qué es lo que estaba ocurriendo. Y es que de verdad no imaginé ser padrino de una generación porque soy maestro de las clases teóricas. Es más fácil que empaticen con un maestro de clases como actuación, dirección, dramaturgia, escenografía, etcétera, ya que son mil veces más divertidas. Por eso mismo estoy profundamente sorprendido y agradecido. Así que pagarán su error con esta última clase les daré. Y en esta trataré de contestar una pregunta esencial para ustedes que ahora entran a la vida profesional: ¿qué significa hacer teatro en estos tiempos? Así como ustedes se echaban sus rollos alucinados en sus trabajos finales para mis clases, escritos unas cuantas horas antes de entregarlos, así ahora les tocará a ustedes escuchar mis alucinaciones. Comencemos, pues, la venganza.

Antes de Sócrates, un tipo llamado Heráclito de Éfeso dijo lo siguiente: “En los mismos ríos nos bañamos, y no nos bañamos en los mismos; y parecidamente somos y no somos”. Eso se ha traducido como “nadie se baña en el mismo río dos veces”, porque ya no somos los mismo ni el río tampoco. No somos los mismos que fuimos de niños y no seremos los mismo en la vejez; y sin embargo, somos los mismos toda la vida porque tenemos una esencia. A esa esencia le llamaban “logos”. Pero logos en griego, además de esencia, significa: racionalidad, idea, palabra, estudio, y otras quince cosas más.

Platón, como bien saben, decía que había un mundo donde habitaban las ideas, y que estas se corrompían al bajar a este mundo material y tomar formas individuales. Así, la idea de árbol se corrompía en las formas de todos los árboles particulares que existen en el mundo. Por ello, en el diálogo “El Fedón”, Platón dice: la soma (es decir, el cuerpo) es la cárcel del logos. El cuerpo es la cárcel de la esencia, de la racionalidad, de la idea.

Cuando Platón es cristianizado por Agustín de Hipona en la Baja Edad Media, este traduce logos como alma, y la frase queda como la conocemos actualmente: “el cuerpo es la

cárcel del alma”. Y desde entonces queda grabado en la cultura occidental el desaparecio por el cuerpo. Se valora la idea sobre la materia, el alma sobre el cuerpo, lo eterno sobre lo efimero. Por eso, la inquisición castigaba los cuerpos efimeros para salvar las almas eternas. Por eso se lucha para salvar las almas de los fetos frente a la amenaza del aborto, mientras se minimiza el abuso sexual a los cuerpos de los niños por parte del clero. Porque importa el alma, lo que permanece, y que, por lo tanto, es puro. El cuerpo es pasajero, es efimero, es impuro. Por eso, mucha gente se indigna cuando agreden un monumento, una idea; y no se indigna ante los miles de cuerpos femeninos violentados a veces hasta la muerte.

Esta idea del logos no solo impactó en la religión. También en la ciencia y en la economía. Vamos ahora al siglo XVIII. En 1786, Joseph Townsend publica su “Tesis sobre los pobres”. En ella cuenta que, en la isla de Robinson Crusoe, frente a la costa de Chile, Juan Fernández dejó unas cabras, las cuales crecieron de manera exponencial. Estas sirvieron de alimento a los corsarios que obstruían el comercio de la Corona española. Los españoles, para dismantelar el “cuartel” de los corsarios, dejan unos perros en la isla para que se coman las cabras. Y así, la depredación de los perros disminuye la población de cabras. Esto, por supuesto, es una leyenda, pero Townsend la toma como verdad. Y basado en esa leyenda, Townsed formula la siguiente ley natural: “La más débil de ambas especies fue la que primero pagó su deuda con la naturaleza; las más activa y vigorosa preservó la vida”. Y de ahí concluye que la manera de dominar a los pobres es a través del hambre. En 1798, Thomas Robert Malthus escribe su “Ensayo sobre el principio de la población” basándose en el estudio de Townsed. En él concluye que los oficios superfluos en una sociedad serán destruidos. Y que el precio del trabajo es el que le permita al trabajador sobrevivir y vivir en los límites de la escacez.

El estudio de Malthus fue la gran inspiración para un biólogo naturalista llamado Charles Darwin, quien en 1859 publica “El origen de las especies por medio de la selección natural”. Así queda establecido que la especie más fuerte es la que se adapta a su medio ambiente y sobrevive. Esta ley biológica se vuelve una ley social para los llamados darwinistas sociales, entre ellos Herbert Spencer, quien escribe a finales del siglo XIX lo siguiente: “El mandamiento ‘comerás el pan con el sudor de tu frente’ es sencillamente una enunciación cristiana de una ley universal de la Naturaleza, y a la que debe la vida su progreso. Por esta ley, una criatura incapaz

de bastarse a sí misma debe perecer.” Entonces evolucionar significa ser el más apto, y ser el más apto significa ser el más fuerte, ser el más fuerte significa dominar al otro para sobrevivir.

El resto de la historia lo conocemos muy bien porque actualmente seguimos pagando las consecuencias de estas leyes biológicas y sociales basadas en una leyenda. Lo que quiero decir con esto es que estas supuestas leyes de la naturaleza han servido para justificar científicamente la dominación del pobre a manos del rico, de la mujer a manos del hombre, del homosexual a manos del heterosexual, del individuo a manos de la institución. Otra vez el logos haciendo de la suyas, pero ahora sobre los sistemas políticos y económicos. El logos toma ahora el nombre del progreso, el cual se vuelve otro dios, y en su nombre dominamos al otro, puesto que el progreso es la ley del más fuerte, es la ley de la naturaleza. Nos han forjado la idea de que el ser humano es egoísta y competitivo por naturaleza, y que el único acto altruista que se puede hacer es salvar el alma del pecador.

La dominación también tiene otro nombre, se llama disciplina. En el nombre del progreso, la institución domina a los individuos disciplinando los cuerpos. Las instituciones, llámense escuela, familia, gobierno, pero sobre todo la publicidad y el espectáculo nos disciplinan diciendo cómo debemos vestir: pantalones los hombres, faldas la mujeres; color azul para los hombres, rosa para las mujeres. Indican cómo llevar el cabello: largo las mujeres, corto los hombres. Nos venden cremas para aclarar la piel y camas de bronceado para darle el tono tostado correcto. Nos dicen cómo es un cuerpo bello y saludable, y por lo tanto qué debemos comer y qué ejercicios hacer para obtenerlo. Todo esto entre muchas otras cosas más que nos mantienen dentro de una disciplina.

¿Qué tiene que ver todo esto con el teatro? El teatro se opone al logos de manera tajante. El teatro es efímero por naturaleza. No tiene otra forma de ser. No se puede grabar porque se convierte en video o en cine. El teatro puede prescindir de la palabra, de la iluminación, de la escenografía, del edificio, de todo... excepto del cuerpo. Por eso, quienes ejercen la dirección de escena, la dramaturgia, la escenografía, la iluminación, etc., trabajan *para* el cuerpo del actor, para que este pueda emocionar al espectador y revelarle algo sobre el mundo o sobre sí mismo.

El teatro es el arte del cuerpo, esta cosa despreciada por sucia y efímera, por ser la cárcel del alma, por ser la causa del pecado y la condenación. El teatro se basa en el cuerpo del actor. Y

este cuerpo se resiste a la disciplina porque se *autodisciplina*. Dice Stanislavski que el actor tiene que volver a aprender a pararse, a caminar, a hablar. Es decir, al autodisciplinarse, se tiene que quitar la disciplina de las instituciones y generar *su propia disciplina*. Y esto no lo hace el actor de cine, porque este es parte de la disciplina del espectáculo y la publicidad, que nos dice cómo debemos lucir y a lo que debemos aspirar. Porque el cine, incluso el más artístico, es, antes que nada, una industria.

El teatro no. El teatro es un proceso artesanal. Es imposible reproducirlo en serie, por más que Broadway lo haya intentado. El teatro se resiste al logos capitalista, racionalista y cristiano. No digo que haya que ser comunista y ateo para ser teatrista. La espiritualidad no es lo mismo que la religión. Aunque el estado promueva la competencia por medio de concursos y becas, el teatro se resiste a la competencia porque es un arte de cooperación. Y por eso también es distinto del socialismo-comunismo, porque este también disciplina mediante la homogeneidad impuesta desde un aparato de Estado. Por eso, socialismo no es sinónimo de cooperación. Y el capitalismo es la antítesis total de la cooperación.

El cuerpo teatral no es un culto a la moda, es un culto a la emoción, porque su objetivo principal es la empatía con las emociones del espectador y no la transmisión de ideas a través de “dar un mensaje”. El teatro busca el diálogo del artista con el espectador mediante el cuerpo. Pero lo que dialoga no son las palabras, no es el logos: lo que dialoga son emociones, es decir, empatía. Y la empatía se opone a la dominación y la competencia.

El teatro privilegia el cuerpo sobre el logos, lo efímero sobre lo eterno, la emoción sobre la razón, la cooperación sobre la competencia, la empatía sobre el egoísmo, la singularidad sobre la producción en masa. No digo que no acepten trabajos en la industria del entretenimiento. Trabajo es trabajo. Pero el teatro es más que un trabajo, es más que un oficio, más que una profesión. ¿Qué significa hacer teatro en este tiempo? Si lo hacemos bien, el teatro significa una posibilidad de ser libres.